

Mauricio Molina

Lo siniestro en *Telaraña*

Anamari Gomís

A unos meses de la segunda edición de su novela *Tiempo lunar*, inquietante texto de realidades “alteradas”, el escritor Mauricio Molina publica *Telaraña*, una colección de cuentos que tiene el sello de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, a través de su Dirección de Literatura. En estos cuentos, Molina ahonda en sus obsesiones: la figura del *doppelgänger*, palabra alemana que designa al doble fantasmagórico, las realidades paralelas, el vampirismo, las fuerzas ocultas de las deidades prehispánicas, la intersección de tiempos distintos y también la suposición de experimentos atroces creados por el Tercer Reich, entre otras singularidades que arrojan al lector al mundo del *umheimlich*, como lo nombró Sigmund Freud; es decir, al mundo de lo siniestro entendido como el extrañamiento de lo normal, de lo cotidiano, de lo familiar.

Espléndidamente escritos, cada cuento incurre en una historia fantástica, donde a veces el futuro se emulsiona con el presente sin perder nunca su sentido de predicción. En “Déjà vu” un personaje del porvenir visita al narrador porque éste se lo ha solicitado desde su lecho de muerte en años venideros. “No soy sino vaga memoria”, escribe el protagonista de su presencia en ambas temporalidades.

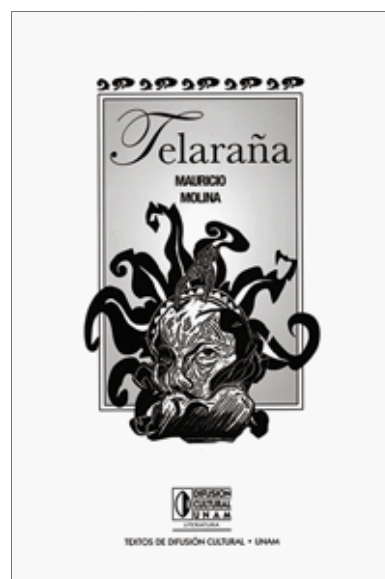
Los aquelarres contemporáneos, a la manera del filme *Eyes wide shut* (1999) de Stanley Kubrick, basada a su vez en la novela *Traumnovelle* del austriaco Arthur Schnitzler, componen otros textos de Mauricio Molina, aunque con su huella personal. Lo ilusorio transforma la vida común de los personajes, quienes acaso enfermos y cercanos a la muerte, persiguen la manera de perpetuarse. Al juego entran espíritus poco convencionales en esta tierra de lo fantástico. La Coatlicue, por ejemplo,

con sus enigmas, su horror y su belleza abstracta, lo mismo que la Ciudad de México edificada sobre los vestigios de otra cultura que se asoma vengativa.

A partir del cuento “La bitácora póstuma de Daniel Macías” entramos al verdadero universo que Molina domina: las realidades que se entrecruzan, las vicisitudes detrás del espejo, los personajes que se repiten o que se ensartan en otras identidades. Daniel Macías es aclamado por “su” libro *Memorias de un asesino*. Lo reconocen en la calle, lo entrevistan, el editor le deposita en su cuenta una suma extraordinaria de dinero. Pero Macías no ha escrito ese libro nunca sino otros textos inadvertidos para los demás. El hombre se desasosiega sin poder contener su angustia y trata de explicarse el fenómeno. “Macías llegó a la conclusión —y aquí entraba la idea del estilo como código genético de la escritura personal de un autor— de que *Memorias de un asesino* era un virus, un cáncer, una enfermedad: la otra realidad se había filtrado en ésta por medio de aquel libro maldito” (p. 59). El “verdadero autor” se esconde, Macías lo cree así, para luego acecharlo. El final lo dejó a los lectores para que ellos se enfrenten a su propia perplejidad.

“El cuarteto” me parece una fabulación extraordinaria. La idea platónica de dos individuos indivisibles y perfectos se conjunta con la demencia nazi y, al final, con el rompimiento de una cadena que resucitaría las ambiciones de la superioridad que Hitler encontraba entre los arios.

La realidad comienza a cambiar lentamente ante nuestros ojos en “Planta de sombra. Manuscrito encontrado junto a un espejo”. Como en la película *Los otros*, de Alejandro Amenábar, o como en “Casa tomada” de Cortázar, hay una presencia,



en este caso femenina, que aquí entra y sale del espejo y se apodera del protagonista y de su morada.

En “La estatua de fuego” un culto gnóstico acoge, sin que él se lo proponga, al personaje. El grupo está representado por Abra-xas, símbolo de la gnosis: conocimientos ocultos y que posee cabeza de gallo, va vestido con una armadura y en vez de piernas le salen unas serpientes curvadas hacia arriba. Hay letras que lo acompañan, correspondientes a los siete planetas que se conocían en la antigüedad. Su nombre encerraba grandes misterios y quizá de allí derive el abracadabra tan conocido. Ante lo misterioso, las criaturas de Mauricio Molina no pueden rebelarse nunca, ya que de antemano se encuentran atrapadas.

El último texto, “Telaraña”, vuelve a poner en la escena del discurso narrativo el enredo de existencias y de situaciones múltiples en un complejo cuento, el cual, como todos los demás, ha sido urdido y trabajado con la maestría de uno de los pocos escritores mexicanos que remontan el camino trillado del realismo. Eso sí: Molina ha fraguado lo imposible desde la perspectiva clara de su prosa excelente, porque los mundos se multiplican gracias a la consistencia del lenguaje. ■

Mauricio Molina, *Telaraña*, Dirección de Literatura, Serie Rayuela (nueva época), UNAM, México, 2008, 121 pp.